

Transformar la tecnología

UNIVERSIDAD NACIONAL DE QUILMES

Rector
Gustavo Eduardo Lugones

Vicerrector
Mario E. Lozano

Transformar la tecnología

Una nueva visita a la teoría crítica

Andrew Feenberg



Bernal, 2012

Colección Ciencia, tecnología y sociedad
Dirigida por Pablo Kreimer

Feenberg, Andrew
Transformar la tecnología. Una nueva visita a la teoría crítica.
- 1a ed. - Bernal : Universidad Nacional de Quilmes, 2012.
312 p. ; 15x20 cm. - (Ciencia, tecnología y sociedad / Pablo
Kreimer)

Traducido por: Claudio Alfaraz ... [et al.]
ISBN 978-987-558-249-1

1. Sociología de la Ciencia. I. Alfaraz, Claudio, trad. II. Título
CDD 306.45

Traducción: Claudio Daniel Alfaraz, Héctor Gustavo Giuliano,
Fernando Tula Molina, Ana María Vara

Título original: *Transforming technology: a critical theory revisited*

Transforming technology: a critical theory revisited, segunda edición
revisada, fue originalmente editada en inglés en 2000. Esta traducción
se publica bajo acuerdo con Oxford University Press.

© Andrew Feenberg, 1991, 2000
© Universidad Nacional de Quilmes, 2012

Universidad Nacional de Quilmes
Roque Sáenz Peña 352
(B1876BXD) Bernal, Provincia de Buenos Aires
República Argentina
<http://www.unq.edu.ar>
editorial@unq.edu.ar

Diseño de tapa: Mariana Nemitz

ISBN: 978-987-558-249-1
Queda hecho el depósito que marca la ley 11.723

Índice

Prólogo a la edición en español	9
Prefacio	13
1. Introducción. La variedad de teorías.	21
Parte I. Del marxismo a la crítica radical	69
2. Tecnología y transición	71
3. El sesgo de la tecnología	107
Parte II. La ambivalencia de la computadora	145
4. Discursos postindustriales	147
5. La fábrica o la ciudad: ¿qué modelo de educación a distancia? . .	181
Parte III. La dialéctica de la tecnología.	207
6. Más allá del dilema del desarrollo	209
7. La teoría crítica de la tecnología	253
Referencias bibliográficas.	297

Prólogo a la edición en español

Cuando escribí este libro, en 2002, preveía el colapso del sueño neoliberal. Anticipaba el momento histórico en que la búsqueda de soluciones a la crisis del capitalismo superaría ampliamente las habituales correcciones menores. Sostenía que la tradición socialista todavía tiene recursos para imaginar una nueva forma de sociedad moderna, más justa, más humana y capaz de afrontar los nuevos desafíos ambientales. A muchos lectores esta propuesta les debe haber parecido quijotesca. El capitalismo resultaba triunfante tras la caída de la Unión Soviética; fueron pocos los que lamentaron la desaparición de esa grotesca caricatura del socialismo marxiano.

El *boom* duró hasta 2008. Estamos ahora en medio del estallido y enfrentamos todo tipo de problemas. Aun el progreso de países como China y Brasil no es totalmente bienvenido, dado que puede llevar la crisis ambiental a un punto decisivo. ¿Podría ser el caso de que nuestra entera civilización no fuese viable, de que se necesitasen cambios radicales para preservar los logros más importantes de la modernidad, como la libertad de expresión y movimiento, y el acceso amplio a la educación y la salud?

El pensamiento dominante no quiere aceptar estas perspectivas. Fluctúa entre la timidez económica y el aventurerismo ecológico. En la actual situación política, no pueden llevarse a cabo ni siquiera las más modestas propuestas de reforma financiera. Por otro lado, se dan a conocer planes absurdamente ambiciosos para hacer una reingeniería completa de nuestro planeta, como una forma de evitar el mínimo cambio en nuestro modo de vida. Es perturbador tomar conciencia de

la parálisis que afecta a los gobiernos de las sociedades ricas, que en el pasado marcaban las pautas para todo el mundo. ¿Surgirá una alternativa desde abajo, desde los países más pobres que ahora se están desarrollando tan rápidamente? Quizá, pero solo si se liberan de las recetas estándar de desarrollo que se cocinaron en Occidente.

Hasta ahora esos países han demostrado su originalidad al ignorar los consejos de los sabios neoliberales y al ensayar con éxito una intervención estatal amplia en la economía. Pero esto da una falsa impresión de audacia. Por detrás, siguen siendo esclavos de un modelo de riqueza y tecnología “made in USA”. Este es el núcleo del problema. Una industrialización al estilo occidental va a traer problemas sociales y va a acelerar el cambio climático al punto de llevarnos al desastre. Por supuesto, cualquier tipo de desarrollo económico supone beneficios para muchas personas; pero también tiene costos.

El caso de China es particularmente preocupante. El hecho de que China se convierta en el mayor mercado automotor del mundo, que las bicicletas sean barridas de las calles por los automóviles, representa un futuro ominoso. ¿Qué va a pasar cuando el precio del petróleo refleje el impacto de que el número de autos en circulación se duplique, triplique, cuadruplique? Las estrategias de desarrollo que tienen como objetivo la creación de autopistas para vincular áreas suburbanas en las que una pequeña proporción de la población pretende llevar una vida al estilo “americano” es una escandalosa traición a los miles de millones de personas excluidas de participar, aunque sea mínimamente, de los bienes de la modernidad. Mientras tanto, las formas de vida tradicionales colapsan ante la presión de la modernización sin que por ello se dé algún tipo de compensación a las víctimas. Las enormes villas miseria son testimonio de la injusticia de esta vía de desarrollo.

¿El socialismo es la respuesta? Este libro desafió el rechazo casi universal del marxismo y del socialismo que dominaba en el momento de su escritura. Nos dijeron que era el fin de la historia, que el enigma de la historia se había resuelto de una vez para siempre gracias al capitalismo democrático. Este iba a ser el “siglo norteamericano”. Para poder presentar mi argumento, simplemente asumí que esas afirmaciones eran

incorrectas. Eso volvía a abrir la pregunta de qué resultaba aún creíble en la tradición marxista, qué podía tener una aplicación en un mundo que ya no iba a ver el desarrollo del socialismo en las tierras de sus primeros florecimientos. En esa situación, la idea misma de ortodoxia resultaba absurda. Me sentí libre para hacer revisiones, y las hice.

A pesar de las actuales turbulencias, las posibilidades de una alternativa socialista siguen siendo bajas. Ahora bien, así como el sueño neoliberal terminó en un desastre, lo mismo podría suceder con el sueño de desarrollo que lo ha sucedido. El aumento de la criminalidad, los conflictos de clase y los problemas ambientales amenazan con forzarnos a repensar. Pero las viejas soluciones están desacreditadas. La imposición del socialismo desde arriba por parte de un régimen revolucionario ya se probó y ya mostró sus limitaciones. La transformación de nuestra idea de la riqueza y de la tecnología que la produce debe venir desde abajo. No puede ser impuesta por un Estado burocrático. El objetivo de *Transformar la tecnología* es analizar de manera exhaustiva las implicaciones de ese cambio en la idea misma de desarrollo.

La Jolla, California, 2012.

Prefacio

¿Deben los seres humanos someterse a la fría lógica de las maquinarias, o puede la tecnología ser rediseñada de modo sustancial para servir mejor a sus creadores? Este es el problema de fondo del que depende el futuro de la civilización industrial. No es en primer término un problema técnico, sino que se refiere a una cuestión fundamental de la filosofía social: la neutralidad de la tecnología y la teoría relacionada del determinismo tecnológico. Si la tecnología es neutral, entonces sus significativos impactos ambientales, que frecuentemente alteran el orden social, deben considerarse como efectos secundarios accidentales e inherentes al progreso. Gran parte del debate actual se polariza en el problema de si tales efectos secundarios son mayores que los beneficios. Los defensores de un mayor progreso invocan a la “razón” como su aliada, mientras que los adversarios defienden a la “humanidad” frente a las máquinas y las configuraciones sociales mecanizadas. El escenario está listo para una lucha a favor y en contra de la tecnología.

La teoría crítica de la tecnología rechaza este dilema y argumenta que el verdadero problema no es la tecnología o el progreso en sí mismos, sino la variedad de tecnologías posibles y de caminos hacia el progreso entre los que podemos elegir. Los deterministas sostienen que no existen tales alternativas, que el avance tecnológico siempre y en todo lugar lleva al mismo resultado. Esta posición está siendo cada vez más criticada por los estudiosos de la tecnología. Ahora bien, si realmente existen alternativas, la elección entre ellas tendrá consecuencias políticas.

La tecnología moderna tal como la conocemos no es más neutral que las catedrales medievales o la Gran Muralla china; involucra los

valores de una determinada civilización industrial y especialmente los de quienes pertenecen a las élites que fundamentan sus pretensiones de hegemonía en la supremacía técnica. Debemos articular y juzgar tales valores en el marco de una crítica cultural de la tecnología. Al hacerlo, podremos comenzar a captar los rasgos de otra civilización industrial posible, basada en otros valores. Este proyecto requiere un tipo de pensamiento diferente del de la racionalidad tecnológica dominante: una racionalidad crítica capaz de reflexionar sobre el contexto más amplio de la tecnología.

Estas observaciones, adaptadas a partir del “Prefacio” de la primera edición de *Teoría crítica de la tecnología*, fueron escritas hace diez años. Era más fácil que ahora defender un cambio radical. La caída del comunismo seguida de diez años de crecimiento económico ha desacreditado la crítica social. El poder del pensamiento positivo nunca fue más evidente. Pero a pesar de los logros destacables de los últimos diez años, es razonable tener reparos sobre la capacidad de esta sociedad para alcanzar nuestros ideales. Seguramente no es necesario hacer la lista de los muchos eventos y tendencias decepcionantes que justifican estas dudas. Por dar un ejemplo, una sociedad que condena a prisión a cerca del uno por ciento de sus habitantes es profundamente defectuosa. Tampoco hemos encontrado una solución general para los problemas ambientales causados por las tecnologías en las que basamos nuestro aclamado “modo de vida”. Aunque somos más conscientes que nunca tanto de las promesas como de los desafíos del avance tecnológico, todavía carecemos de los medios intelectuales y de las herramientas políticas para tratar adecuadamente el progreso.

La teoría crítica de la tecnología aborda estos problemas reconstruyendo la idea de socialismo sobre la base de una filosofía radical de la tecnología. El propósito central del libro fue el conflicto creciente entre la democracia y los modos de organización tecnocráticos y capitalistas. Este conflicto todavía está entre nosotros, y se constata no solo en el debate político democrático, de alcance cada vez más estrecho, sino también en las ciencias sociales, que predicen con fiabilidad que se avecina el reinado de los expertos. La alternativa aquí propuesta es

la democratización de muchas instituciones de nuestra sociedad mediadas técnicamente. Esta alternativa gozaba de un contexto histórico favorable cuando el libro fue concebido originalmente. En medio de la agitación que provocaba la desintegración del comunismo, era más fácil imaginar un discurso político utópico puesto a prueba en la práctica. Ahora ese contexto ha desaparecido y es necesario repensar la razón para continuar discutiendo ideas políticas utópicas.

En este nuevo contexto, la política radical tiene un carácter algo diferente del que tenía una década atrás. Hemos incorporado las enseñanzas negativas de la caída del comunismo, pero no divisamos todavía pretensiones positivas que respondan a las nuevas tendencias hacia la globalización y la computarización. En realidad, uno queda paralizado ante el tono por lo general negativo de los discursos contemporáneos de la socialdemocracia y de la izquierda. Unos se centran en defender el Estado de bienestar contra los ataques corporativos, mientras que otros gastan mucho más tiempo criticando el capitalismo que explicando qué irá a reemplazarlo.

Este libro, con su revisión utópica de la idea de socialismo, todavía tiene algo para ofrecer. Hay que considerarlo como una provocación para repensar instituciones modernas fundamentales a la luz de las aspiraciones que guiaron la modernidad en los últimos siglos. Socialismo es el nombre para un movimiento influyente inspirado por tales aspiraciones. Durante mucho tiempo los socialistas interpretaron las limitaciones del capitalismo en términos económicos y, consecuentemente, su principal preocupación estaba relacionada con la justicia económica y el crecimiento. En la década de 1960, el socialismo fue renovado como una ideología democrática radical en oposición a la tecnocracia capitalista y a la burocracia comunista. Desde entonces se ha asociado con una concepción más amplia de liberación humana que incluye la igualdad racial y de género, la reforma ambiental y la humanización del proceso de trabajo.

Algunas reformas exitosas no han vuelto obsoletas estas cuestiones. Por el contrario, las luchas continúan en otras condiciones. Pero hoy resulta extraño el lazo forjado originalmente entre estas luchas y la

demanda de un sistema económico socialista. Se supone por lo general que el capitalismo es simplemente un modo eficiente de organizar la producción y la distribución. Parece que los viejos argumentos socialistas sobre los obstáculos para alcanzar la plenitud humana dentro del capitalismo han sido refutados, al menos en lo que se refiere al crecimiento económico. La teoría crítica de la tecnología responde a esta objeción desarrollando una interpretación completamente diferente de los problemas estructurales del capitalismo, porque está centrada, no en los obstáculos para el crecimiento, sino en la naturaleza de la gestión y la tecnología capitalistas. Este tipo de crítica nace con Marx. Como mostraré en los próximos capítulos, su comprensión de la naturaleza social de la tecnología estaba muy adelantada para su tiempo. Todavía podemos aprender de este aspecto de la teoría de Marx, incluso cuando muchos otros han sido desacreditados hace tiempo.

El lector tendrá que juzgar los méritos del argumento que sostengo en los próximos capítulos. Sin embargo, quiero enfatizar desde el comienzo que el colapso de la Unión Soviética no lo refuta. La concepción del socialismo delineada en este libro no toma como modelo la práctica soviética, sino que está influenciada por una generación de movimientos de reforma populares de Europa del Este que resultaron suprimidos por las invasiones soviéticas y sus amenazas. Finalmente, bajo Gorbachov parecía que había una oportunidad en la propia Rusia para una renovación de las ideas. Esa esperanza no era irrazonable, aunque pueda parecer ilusoria vista retrospectivamente.

Las propuestas iniciales de Europa del Este podrían haber inspirado una transformación del régimen soviético. Los consejos de trabajadores en Hungría en 1956 y la autoadministración en Yugoslavia propusieron un cambio de poder radical en la industria, de la burocracia a los trabajadores. Los sindicatos independientes en Polonia, así como las reformas democráticas y de mercado propuestas durante la Primavera de Praga en 1968, prometían reanimar la economía y la sociedad civil. Podría esperarse que estas y otras innovaciones fueran introducidas en la Unión Soviética, combinando elementos de propiedad pública con cooperativas controladas por los trabajadores, alguna empresa privada,

particularmente en la agricultura, y una muy necesitada democracia política. Tal resultado habría mostrado el camino más allá del dilema estéril de capitalismo versus comunismo. El pueblo ruso podría estar en mejores condiciones si hubiera intentado este abordaje.

¿Seguiría siendo eso “socialismo”? No a los ojos de los burócratas comunistas que derrocaron a Gorbachov y desacreditaron el régimen tan completamente que el comunismo y la Unión Soviética desaparecieron con el fracaso de su breve golpe. Pero cuando uno compara el comunismo ortodoxo con la idea de socialismo tal como fue formulada originalmente por Marx y Engels se descubren más diferencias que similitudes. Los soviéticos podrían sostener razonablemente los preceptos marxistas para la planificación industrial, la seguridad del empleo y el bajo costo para las necesidades básicas. Pero la propiedad estatal de toda la economía, incluso en condiciones técnicas inapropiadas como en la agricultura, la burocratización de cada aspecto de la vida social, la dictadura policial y política, los asesinatos masivos y el trabajo esclavo, la reducción del arte a propaganda, nada de esto tiene origen en Marx. Mucho de lo que pasó como comunismo en la URSS contradujo lo que el socialismo ha significado históricamente fuera del alcance de la policía de Stalin.

La caída de la Unión Soviética fue una desilusión para todo aquel que esperaba ver allí el desarrollo de una sociedad original edificada sobre los logros del pasado. Por otra parte, la mayoría de los observadores esperaban que Rusia se enriqueciera al participar en el mercado mundial. El resultado efectivo ha sido una economía catastrófica y el colapso social bajo un sistema tan corrupto e incompetente que va más allá de lo imaginable. Pero el fracaso del capitalismo ruso no ha redundado en un crédito mayor para una alternativa socialista, que incorpore las esperanzas de los años ochenta. Es como si el socialismo aún pudiera llamarnos la atención solo en la medida en que tuviera el poder de dar forma a una sociedad real sin importar en qué forma imperfecta lo hiciera. Una vez que se ha perdido tal poder, solo queda en la conciencia pública como el vago recuerdo de un experimento histórico fracasado.

Desde entonces estamos viviendo tiempos muy extraños. El fin de la aventura rusa justifica el escepticismo sobre cualquier cambio

histórico significativo. Hay una ley de hierro en la historia; no es aquella promulgada por Marx alguna vez, sino la que se concreta efectivamente con el triunfo del capitalismo. Hace una década que la desilusión de los grandes ideales convive con el optimismo de las mercancías existentes en el mercado. La confianza irrestricta en el futuro es admisible solo en la medida en que se la confina a informes trimestrales. Lo que resulta ingenuo en la crítica social resulta en astucia del inversor. Nadie puede predecir por cuánto tiempo se mantendrá esta constelación particular. Si un libro como este todavía puede ser de interés es porque, en mayor o menor medida, todos tenemos conciencia de que no puede durar para siempre. Descartar la crítica radical como fuera de lugar solo da testimonio de una desafortunada susceptibilidad a la “exuberancia irracional” inducida por la explosión económica. El hecho de que la complacencia intelectual, inclusive la arrogancia, sea hoy respetable no es una razón para disculparla. El estallido inevitable que sigue a toda explosión puede tomarse en cuenta para dar clases de humildad frente a los inmensos problemas que enfrentan incluso los sectores más avanzados de las sociedades capitalistas. Algún día, probablemente antes que después, vamos a querer repensar el plan para nuestra vida social. Para ese fin necesitaremos una crítica social imaginativa, y esto es lo que espero que el lector encuentre aquí.

El texto de esta segunda edición ha sido revisado en profundidad para actualizarlo. Además, he agregado un capítulo sobre educación a distancia, como un modo de aplicar las ideas presentadas en el capítulo 4 (el capítulo 5 de la edición original). La “Introducción” define la teoría crítica de la tecnología y la sitúa en relación con otros abordajes.

En la parte I se sostiene que, más allá de toda su lucidez, la crítica marxista a la industrialización carece de una estrategia factible de cambio. La experiencia histórica del comunismo muestra que Marx estaba equivocado al creer que los estados podrían ser los agentes primarios de la transformación tecnológica radical. Los intentos posteriores de tomar en cuenta el papel de la tecnología en las sociedades modernas, llevados a cabo por Marcuse y Foucault, ofrecen prometedores puntos de partida para una nueva formulación de la teoría radical.

La parte II aborda la relación entre la iniciativa humana y los sistemas técnicos en el campo de la computación. Dado que las hegemónicas modernas se organizan cada vez más en torno a la tecnología, esta relación se ha tornado central para el ejercicio del poder político. El diseño en computación es ahora diseño político. Se discute exhaustivamente el ejemplo específico del debate sobre la educación a distancia.

La parte III considera el contexto cultural más amplio del cambio tecnológico. Muy frecuentemente la tecnología y la cultura son reificadas y opuestas una a otra con argumentos sobre el “intercambio” entre la eficiencia y los objetivos sustantivos, tales como la participación o la compatibilidad ambiental. Una mejor comprensión de la relación entre tecnología y cultura disuelve esas aparentes contradicciones. Esas consideraciones abren el camino para discutir una alternativa socialista a la sociedad industrial existente. La conclusión desarrolla este argumento por medio de una crítica holística a la tecnología y una teoría sobre sus potencialidades democráticas. Estas potencialidades, aunque parezcan suprimidas en la actualidad, pueden convertirse en el futuro en la base para una sociedad que concilie la ampliación de las libertades con formas de bienestar material más significativas.

Esta nueva edición de *Teoría crítica de la tecnología* puede leerse ahora junto a mis otros dos libros sobre filosofía de la tecnología, *Alternative Modernity* (University of California Press) y *Questioning Technology* (Routledge). El primero de ellos explora las consecuencias de las luchas tecnológicas en varios dominios, incluidos el de la medicina y el de la identidad nacional. El segundo desarrolla las consecuencias del constructivismo para la filosofía de la tecnología. Juntos, estos libros presentan una posición sobre la naturaleza de la tecnología y su relación con la sociedad. Espero que el argumento resulte claro al ser considerado desde los diferentes ángulos que cada libro ofrece para el tema central que todos comparten: la democratización radical de las sociedades tecnológicas.

La Jolla, California, diciembre de 2000.